**REFLEXIONES DE UN DOMINGO DE ABRIL**

Esta mañana temprano la misa la ha dicho mi amigo el cura-psicólogo Nacho. El evangelio trataba de una de las apariciones de Jesús después de su resurrección, esa en la que les dice a los incrédulos apóstoles que le den algo de comer para que se convenzan de una vez, de que sí, que ha resucitado de entre los muertos.

Nacho en sus homilías habla mucho de cómo Jesús debe transformarnos y en este caso de cómo puede transformarnos el resucitado.

Nos dice que una fe que se queda en los ritos, la misa, el rosario, la adoración, es una fe un tanto vacía.

Después de la misa me he quedado un buen rato en la iglesia. Me gusta, a veces, quedarme un rato a pensar, cuando ya se ha ido el resto de la gente (de la que yo formo parte), me gusta dejar fluir mis pensamientos, casi observar desde fuera a dónde se dirigen. Y hoy les ha dado por recapacitar sobre dos temas: la transformación en nosotros y el cumplimiento de los ritos.

Creo que Nacho tiene razón. No soy un gran lector de los evangelios, pero hay tantos ejemplos en ellos de lo que Jesús pensaba del Sabat, de los ritos, de las normas, que es difícil no verlo, a no ser que quieras cerrar los ojos con toda intención. Cuando Jesús curaba en sábado, los fariseos, esos estrictos cumplidores de normas, le decían: “Oye tú, que estas incumpliendo las normas, que en sábado, el día sagrado del Señor no se puede hacer nada, ni curar, ni nada, sólo descansar como nos manda Dios” Y Jesús casi no les contesta con palabras, les responde con actos. Les está diciendo: “A ver muchachos, ¿Qué es más importante en un sábado, ayudar a tu prójimo, a ese que lo necesita, o irse al templo a decirse a sí mismo: “Dios mío te amo, cumplo tus mandatos, cumplo tus normas” y con ello sentirte “tú” bien. ¿No será mejor que en ese tiempo hagas sentirse un poco mejor al que te pide ayuda?”

Y cuando los mismos personajes le dicen que cómo es posible que sus discípulos no se laven las manos antes de comer, no se las purifiquen, es decir, no cumplan las normas. Y qué cómo es posible que coma en casa de los pecadores si eso está prohibido por la ley. “Mira Jesús, que tú no estás cumpliendo, que tú no estás haciendo lo que nos dicen en la Sinagoga. Nosotros sí lo sabemos porque nos pasamos allí la vida” Y Jesús volvía a contestar con actos: “Mirad, lo de lavarse las manos antes de comer está bien, vale, pero no es lo más importante. Lo importante es que tengas una buena disposición, lo importante es pedirle al Padre que cada día te haga mejor. Y sí, me relaciono con los pecadores, con los publicanos, con los forasteros, porque tenemos que tratar de empatizar con todos los que nos rodean y mostrarles cómo nos comportamos los que creemos en Dios y en hacer el bien”.

Ciertamente Jesús no era un hombre de ritos. Los respetaba, pero pasaba de ellos. Sus fuerzas, sus pensamientos estaban en otra parte. Estaban en transmitir algo así como: “Deja de darte golpes de pecho y trata mejor a los demás, ayuda, perdona de corazón. Vale, sí, santifica las fiestas, pero no las santifiques sólo con ir a la sinagoga, santifícalas también ese día siendo amable con los demás, sé cercano, no seas orgulloso, no estés a la defensiva…”

Pero ni los fariseos entendían nada de aquello (porque no querían), ni tampoco nosotros lo entendemos hoy día, seguramente por comodidad, porque es más fácil ir una horita, o cuatro, a la iglesia y decirte a ti mismo “Perdóname Señor, perdóname, guíame, protégeme…” que salir a la calle y sonreírle a la vecina del tercero, esa que sabes que te critica, o no darle un corte a la dependienta de la tienda del centro comercial, que cuando te mira parece que te está perdonando la vida. Porque no nos importa humillarnos ante Dios, Alguien que está igualmente por encima de todos, pero sí nos resulta difícil rebajarnos, conciliar, empatizar con quien está a nuestro nivel, en definitiva a uno más, como todos.

Y respecto a la transformación, esa tan deseada transformación, o ¿quizá no tan deseada? Y digo esto porque no estoy seguro de que queramos transformarnos bien, bien. Un poquito vale, pero eso de renunciar a cantarle las cuarenta a quien nos toca las narices, eso de no demostrar que yo sé más que tú, eso de dejar de esforzarme para que reconozcan los demás lo que yo valgo…¿Realmente quiero dejar de hacer todo eso y que los demás piensen que soy tonto o un pusilánime?

Personalmente no sé hasta qué punto quiero que Jesús me transforme, pero sí sé que quiero fervientemente que me cambie un poco cada día. ¿Qué cómo me gustaría ser? Pues más amable, menos beligerante, más templado, más dialogante, no perder nunca el control, procurar hacer siempre aquello que me manda mi corazón aunque eso me resulte difícil, aunque me enfrente a otros, no hacer la vista gorda frente a las injusticias, y…

Bueno, a lo mejor termino antes diciendo alguno de mis modelos del mundo público: Konrad Adenauer, Nelson Mandela, Koffi Annan, Willy Brandt…

¿Te das cuenta? Todos están cortados por el mismo patrón: conciliadores, trabajadores, educados, honestos, buenas personas, con control de sí mismos…

Ya me gustaría a mí parecerme un poquito a alguno de ellos. Y pensándolo bien, ¿no era ese el patrón de Jesús? Pues a lo mejor va a resultar que sí.

¿Cómo debería ser esa transformación en nosotros? Creo que lo primero que debería cambiar sería nuestra forma de pensar. Nuestra forma de visionarnos a nosotros mismos ya transformados, aunque sólo sea un poco, un comienzo. Es decir, el cambio tendría que afectar a cómo queremos hacer las cosas a partir de ahora. Algo así como decirte a ti mismo: “A partir de ahora seré mucho menos irónico y mordaz que antes.” Tengo que decir que hace tiempo hice un curso de ironía y mordacidad en Londres en el que logré sacar un notable alto. En varias ocasiones, cuando he pensado que alguien no me trataba bien en alguna tienda o en alguna cafetería, le he dicho a la persona en cuestión “Perdone, ¿Pero sufre usted de estreñimiento? Lo digo por su forma de comportarse.”

A partir de ahora no compraré caprichos en el supermercado, porque cuando me venga la tentación pensaré que hay gente que sólo puede hacer una comida al día.

A partir de ahora, a partir de ahora…

Pero esa transformación en mi manera de pensar, para que fuera real, debería traducirse en actos, verdaderamente tendría que ser capaz de hacer lo que he pensado que quiero hacer.

Jesús era un hombre de acción. No convencía por sus palabras, convencía por sus acciones, despertaba amor porque hacía lo que decía que había que hacer.

Si algo cambia en mí, debería notarse.

¿Podemos detectar a las personas bondadosas? Sí, podemos. Todos nos damos cuenta cuando nos encontramos con alguien bienintencionado, amable, agradable, de esos que transmiten tranquilidad y paz.

Y los que vamos a la iglesia todos los domingos y fiestas de guardar y también algún día entre semana, o quizá todos los días, ¿Cuántos transmitimos esa sensación de paz, de no confrontación, de no orgullo, de no “aquí estoy yo”? Muy pocos. Sé que yo, hoy por hoy, no transmito nada de eso, pero es que me cuesta encontrar a alguien que sí lo transmita.

Y entonces veo, con desilusión, que el resucitado ha transformado poco o nada en mí. Y me doy cuenta de que por mucho que cumpla con las normas, las reglas, los ritos, los golpes de pecho, las horas de adoración y todo lo demás, no dejaré de ser un mero cumplidor, poco más o menos, como los antiguos fariseos. Si no soy capaz de cambiar mi forma de pensar y como consecuencia, mi forma de actuar, no habrá habido transformación, no habré comprendido nada…